

El patriarcado contra los hombres: el mantenimiento de la categoría masculina en las nuevas masculinidades

El patriarcat contra els homes: el manteniment de la categoria masculina a les noves masculinitats

Jorge Cascales Ribera
Universitat de Valencia

Resumen:

La división sexual en la cultura androcéntrica requiere de un trabajo de construcción simbólica que divide por una parte lo visible, los cuerpos; y por otra lo no visible, las subjetividades. Se trata de una separación que genera identidades distintas sobre un arbitrario cultural cargado de hábitos diferentes. Este orden físico y psicosocial se basará en un ideal hegemónico masculino dominante. El siguiente texto es un intento de exponer una pequeña parte de la construcción de dicha masculinidad centrándose en la violencia organizativa que reciben los hombres por el hecho de ser hombres.

Palabras clave: Hombres, masculinidad, violencia simbólica, nuevas masculinidades, feminismo, masculinidad hegemónica, patriarcado, androcentrismo.

Resum:

La divisió sexual en la cultura androcèntrica requereix d'un treball de construcció simbòlica que divideix per una part allò visible, els cossos; i per una altra allò no visible, les subjectivitats. Es tracta d'una separació que genera identitats diferents sobre un arbitrari cultural carregat d'hàbits diferents. Aquest ordre físic i psicosocial es basarà en un ideal hegemònic masculí dominant. El següent text és un intent d'exposar una xicoteta part de la construcció d'aquesta masculinitat centrant-se en la violència organitzativa que reben els homes pel fet de ser homes.

Paraules clau: Homes, masculinitat, violència simbòlica, noves masculinitats, feminisme, masculinitat hegemònica, patriarcat, androcentrisme.

Hoy en día, ser hombre feminista, profeminista, masculinista, ser hombre con inquietudes de género no está de moda. Explicar en ciertos ámbitos masculinos la dedicación a los estudios de género por parte de un varón puede ser motivo de burla, mofa e incredulidad. Comentarios como “¿eso no lo estudian las mujeres?”, “¿pero eso para qué sirve?” o el más típico “...que listo eres! Tú estás ahí para ligar”, son

demostración de un fuerte discurso que divide el mundo, apuntando constantemente lo que debe y no debe hacer un hombre. Pero, ¿qué es ser un hombre?

El sociólogo Michael Kimmel (1997, p. 52) sostiene que “*ser un hombre significa no ser como las mujeres*”. Los hombres somos sujetos contruidos sobre la negación a la identificación con el otro cuerpo, somos la oposición a la otredad, la parte importante de la dicotomía que no se ha de mezclar con el género opuesto. Este discurso carga y orienta a los hombres hacia una forma de masculinidad hegemónica que nos dice lo que no es y no es ser hombre. Sin embargo, autores como - Connell, Bonino, Gilmore, Sanfélix, Marqués o Kimmel - anotan que la existencia de una única masculinidad, una única forma de funcionar del hombre, no es real. Una pluralidad de masculinidades conviven a la sombra de una masculinidad hegemónica. Desde la sociología Connell (2003) propone una estructura jerárquica que se establece como una relación histórica entre las masculinidades. Sitúa a la masculinidad tradicional o hegemónica como la manifestación predominante que configura la subjetividad, la posición, la corporalidad, la unión y la homogeneización de la masculinidad, situando a las demás masculinidades sobre un papel periférico falto de legitimización social. Sin embargo, aunque el papel configurador de la masculinidad hegemónica nace con el discurso, será reproducido por las prácticas sociales, dificultando de este modo la capacidad de cambio y adaptando las formas de vivir y relacionarse al funcionamiento patriarcal.

La imagen representacional - *imagen de uno mismo* - y la imagen funcional - *imagen de lo que hay que hacer* - será adjudicada desde la masculinidad hegemónica y recaerá sobre unos individuos que no se plantearán, no podrán o no querrán plantearse, otras formas de ser hombre. De este modo, un gran número de hombres viven en desacuerdo a las formas hegemónicas de masculinidad sin cuestionarse ni oponerse a sus formas de funcionar. Lo curioso de todo esto es que viven sobre una creencia de superioridad, ya que la masculinidad hegemónica parece no detentar el mayor número de adeptos en la sociedad. El sociólogo Joan Sanfélix lo anota de la siguiente forma:

...la mayoría de los hombres no podríamos considerarlos como parte de lo que Connell define como masculinidad hegemónica, puesto que el monopolio (como su propio nombre indica) del poder, sólo lo ejercen unos pocos hombres. En cualquier caso, este tipo de masculinidad que está en la cumbre de la pirámide jerárquica de las masculinidades propuestas por Connell, podría estar aún funcionando como grupo de referencia (a diferencia del grupo de pertenencia) una especie de referente simbólico y normativo a seguir e imitar por el resto de varones. (Sanfélix, 2011, p. 14)

En este sentido, una *masculinidad cómplice*, aun no estando de acuerdo con la masculinidad hegemónica, se convertirá en una numerosa masculinidad silenciosa que

se beneficiará de los privilegios del sistema patriarcal y de la posición subordinada de la mujer.

El ideal que arrastra la masculinidad se asienta sobre una idea privilegiada cargada de beneficios y derechos situando a aquello considerado femenino como la parte dominada a la que no hay que aspirar. De esta forma, la etiqueta “hombre” se convierte en una maraña discursiva que posiciona al género masculino sobre un estatus de poder que pretender. Pero ¿qué ocurre cuando un hombre está dispuesto a ceder o cuestionar el poder y los privilegios? ¿qué ocurre cuando un sujeto del “género hegemónico” abandera ideas feministas, de conciliación o de igualdad? ¿qué ocurre cuando un hombre está dispuesto a no compartir la normalidad masculina o a salirse de su naturalización? ¿O cuando simplemente se sale del ideario hegemónico masculino por equivocación?

La construcción de la masculinidad es intransigente y cruel con sus disidentes. En la actualidad, dentro de una *masculinidad subordinada* - varones que no comparten abiertamente la masculinidad hegemónica - se encuentran *las nuevas masculinidades*. Esta nueva etiqueta desenmascara y visibiliza una masculinidad oculta históricamente. En contra de un discurso dicotómico cargado de desigualdad, esta minoría de varones producirán nuevas formas de actuar y pensar sobre cómo debe de ser un hombre, abanderando una nueva propuesta en construcción sobre cómo organizar las relaciones entre hombres y mujeres y una realidad cambiante cargada de resistencias.

A pesar de existir, las nuevas masculinidades todavía quedan lejos de la vida cotidiana de muchos hombres. Por ejemplo, para un hombre es fácil narrar proyectos de ingeniería, arquitectura, informática, incluso le puede resultar fácil hablar de la pertenencia a un mudo laboral explotador que le roba la vida desde un empleo precario. Sin embargo, existen hombres que nunca verbalizarán su inmersión en el espacio privado de las tareas domésticas. Estos hombres invisibles, aun ocupando su tiempo con tareas del hogar, prefieren presentarse como personas desempleadas en proceso de búsqueda laboral.

Esto sucede porque los hombres viven bajo el juicio constante de los otros hombres. La hombría, la virilidad, el honor, la valentía, alardear sobre sus conquistas sexuales, sus acciones brabuconas son demostraciones que se deben realizar constantemente para conseguir la aprobación dentro de la categoría masculina. Consecuencia de esto, el sexismo ha sido históricamente una potente baza donde se ha utilizado a la mujer como divisa masculina, con el fin de conseguir una mejor posición social entre hombres. Así pues, los varones viven bajo la necesidad de una *aprobación homosocial*

que les ratifique su virilidad y les legitime como hombres (Kimmel, 1997). No obstante, dicha legitimización no está ausente de riesgos. El miedo a no ser considerado como igual, el riesgo al fracaso o la presión de la competitividad intensa e implacable entre varones, convierte a los sujetos de la categoría masculina en individuos cargados de miedos, temores e inseguridades ante la posible no pertenencia al estatus masculino. A colación con lo anotado anteriormente, así como la feminidad se construye bajo una etiqueta de una otredad subordinada y sumisa, la masculinidad es una identidad construida desde el miedo, desde el miedo al ataque, al cuestionamiento del ser, desde un miedo que se viene generando del ataque de hombres contra hombres.

De este modo, el sistema patriarcal no ejerce solamente poder y violencia contra las mujeres. Obviamente, la mujer es la principal afectada por la violencia y la desigualdad sexual, pero los hombres sufren constantemente, bajo la amenaza de expulsión de la categoría masculina, una feroz violencia simbólica y presión social. Como anota el profesor Juan Blanco en su ponencia *El papel de los hombres en el feminismo*, en la sociedad “...a los hombres nos sacan de la categoría masculina por cualquier cosa” empujándonos hacia una categoría femenina. De este modo, un hombre que friega, barre, que concilia y desempeña las tareas del hogar será considerado un “calzonazos”. O un varón que hable y escriba utilizando el femenino plural como genérico se tenderá a pensar que se acuesta con sujetos de su mismo género. Hasta la edad saca a los hombres de la categoría masculina. Un hombre que está siempre disponible y activo sexualmente será un macho, sin embargo, una vez pasa alrededor de los sesenta y cinco años de edad, con la llegada de la jubilación, pasa a convertirse en un viejo verde sacando a dicho hombre de la categoría masculina. Así pues, muchas son las formas de expulsión del estatus hombre, la prueba más fehaciente de este hecho aparece cuando preguntamos en un amplio grupo de hombres, incluso de algunas mujeres, qué es un hombre que no quiere tener relaciones sexuales con cualquier mujer los trescientos sesenta y cinco días al año. La respuesta es más que evidente y donde se posiciona a dicho sujeto también.

En la actualidad muchos varones siguen entendiendo la masculinidad como una posición natural, normal, intrínseca y estática del contexto en el que viven. Una imperceptible corriente cotidiana discursiva asegura que los hombres son como son, a diferencia de las mujeres que son producto de su construcción en sociedad. De este modo, a las mujeres se las educa para adaptarse a una convivencia con sujetos naturales imposibles de modificar. Esta interpretación de la diferencia posiciona a la masculinidad sobre una forma homeostática e inmovilista sin posibilidad de cambio. Sin embargo, como anota el poeta y dramaturgo Bertolt Brecht “ningún hombre nace carnicero” (Kaufman, 1989, p. 31) o el sociólogo y escritor Josep Vicent Marqués (1997,

p. 17) “*no se nace varón*”. Un hombre, también una mujer, antes de nacer poseerá un contexto social y familiar que imprimirá sobre su cuerpo esperanzas, ilusiones, aspiraciones y deseos no propias del mismo sujeto. Desde este contexto discursivo se generarán dos voces que hablarán del sujeto antes de ser concebido: la primera voz enunciará los sentimientos y lealtades familiares que se depositarán sobre el sujeto. Los padres y madres verbalizarán un relato sobre lo que se espera de ese cuerpo: qué va a ser de mayor, qué tipo de vida va a vivir, cuántos hijos va a tener, cómo se va a comportar...; la segunda voz provendrá de la organización social. Esta voz global expondrá la posición social del sujeto según su cuerpo, su función reproductiva y aquello que se espera de él o ella en sociedad. Ambas voces se construirán antes de la concepción del niño o niña, sin embargo, mientras la primera voz quedará acotada a un inciso propio de la historia de la vida de unas personas, la segunda voz se asienta sobre un continuum histórico y social más holístico y global, envolviendo a la sociedad a lo largo de la historia de formas de organización social patriarcal. Judith Butler (2001) acotará dichos relatos como dispositivos de realidad prediscursivos, esperanzas que el entorno deposita sobre un cuerpo por el hecho de poseer o no poseer pene. En el caso de los varones, antes de nacer, al niño se le pintará la habitación de azul, se le comprarán balones, soldados de plomo y probablemente la camiseta del equipo de fútbol de papá. Sin embargo no será normal el plantearse regalarle una muñeca, ni comprarle un tutú por si en un futuro el niño decide practicar ballet.

En consonancia con lo expuesto, abordando el potencial que infunde el discurso organizador que estamos desenmascarando, la dicotomía no vendrá generada únicamente por el ámbito familiar. La familia será una institución más que reproducirá un *habitus* junto a la escuela, el entorno, los iguales y el Estado (Bourdieu, 1979). Se enmarcará al sujeto dentro de un discurso universal que contaminará las formas de pensar, decidir y actuar y expondrá un mundo dividido dicotómicamente por sexos y una organización social estática *per se*. El historiador, psicólogo y filósofo francés Michel Foucault expone este discurso que nos envuelve cargado de *habitus* de la siguiente forma:

Me hubiera gustado darme cuenta de que en el momento de ponerme a hablar ya me precedía una voz sin nombre desde hacía mucho tiempo: me habría bastando entonces con encadenar, proseguir la frase, introducirme sin ser advertido en sus intersticios, como si ella me hubiera hecho señas quedándose, un momento, interrumpida. (Foucault, 1992, p. 3)

En consecuencia, como anota Foucault, vivimos sobre un contexto simbólico y discursivo repleto de información imprimirá comportamientos y transmitirá convicciones instaurando sobre los cuerpos masculinos el hecho de ser varón.

Este discurso, esta construcción dialéctica, generará dos espacios opuestos, dos cajas metafóricas donde introducir dentro de cada caja a cada uno de los géneros. En la primera caja se introducirá lo opuesto, lo no masculino, poniendo dentro de dicha caja todo lo femenino. En la segunda caja se introducirá aquello que el discurso hegemónico de la masculinidad acota como importante, lo perteneciente, *lo no femenino*. De este modo se conformará un discurso que dirá que “*ser varón es ser importante*” (Marqués, 1997, p. 22). Esta forma abstracta, sobredimensionada e indeterminada de construir la masculinidad en oposición a la feminidad sitúa al varón sobre dos discursos al mismo tiempo: por una parte, el ser masculino es ya importante por el hecho de ser varón y dicha posición producirá un estado tranquilizador y de deseo hacia su propio sexo; por otra parte, el ser masculino le aportará la obligación de ser importante por el hecho de ser varón. Al contrario que la premisa anterior, la obligación producirá angustia e inquietud sobre el varón ya que posicionará a éste sobre un comedido, una responsabilidad desde la que se le obliga a procrear, proteger y producir, organizando las formas de actuar, ser y construir. El varón, temeroso de no cumplir con su obligación, buscará continuamente la forma de ratificar su permanencia dentro de la categoría masculina, llegando a reprimir sentimientos para enmascarar las debilidades que el sujeto posea, fomentando de esta forma una falsa posición de superioridad masculina. Así pues, la construcción de la masculinidad hegemónica se construirá sobre una confusa socialización del ser y el deber ser. Convertirá al varón en un socio útil con la obligación de producir y proteger como parte de la división sexual del trabajo, empujando a la mujer hacia los cuidados de un varón que tiene que hacer funcionar el engranaje productivo dentro del capitalismo neoliberal.

Siguiendo con la exposición de la construcción de la masculinidad, el discurso del sistema patriarcal orienta la organización social hacia un estado biológico-natural que construye a hombres y mujeres distintos según sus cuerpos. Sin embargo, el patriarcado ejercerá una violencia simbólica contra sus iguales desconfiando de dicha naturalidad biológica, remarcando y acrecentando las diferencias. De esta manera el niño varón estará de forma continuada bajo sospecha de no ser masculino y a través de la cultura como arma de naturalización se mantendrá el *status quo* social y normativo. Marqués (1997) diferenciará la interiorización de la consigna básica de la masculinidad en dos niveles: el primero es *el varón en propiedad*, el cual será un sujeto que tendrá interiorizada plenamente la categoría masculina y el mensaje de importancia dentro de la escala de dominación, concibiendo a la mujer como un ser inferior; el segundo es *el varón en precario*, este sujeto ostentará la propiedad de ser varón pero sin seguridad. Será un varón bajo amenaza de ser expulsado de la categoría masculina en cualquier momento. El mensaje que se repetirá a sí mismo será un “debo ser importante”. Este sujeto poseerá fuertes exigencias al modelo-

imagen y percibirá una fuerte inseguridad ante las mujeres en espacios de hombres y un gran miedo a competir y perder ante el género femenino. Por ello, promulgará la expulsión de la mujer de los espacios comunes - laboral, público, decisorio... - con la finalidad de evitar ser descubierto ante su estatus de inferioridad. A consecuencia de la interiorización de las consignas básicas, el hombre poseerá la *noción de importancia*. De este modo, el varón vivirá en un mundo protagonista y la ausencia del protagonismo detendrá una falta de transcendencia, siendo necesario remarcar continuamente su posición como hombre. Así pues, Marqués apunta que “*El varón es un loco megalómano que cree ser varón. El varón es un loco masoquista que cree estar obligado a ser varón*” (1997, p. 25), exponiendo de este modo una construcción de la masculinidad sobre un estado en continua bipolaridad.

La sexualidad será uno de los apartados más controlados por el discurso patriarcal. Estar en la cúspide y ser categóricamente e identitariamente masculino hace que los varones tengan la obligación de procrear y utilizar el acto de procreación como forma de evidenciar su estatus social dentro del grupo. En la sociedad occidental, cualquier acto sexual no está bien visto por el conjunto de varones, de este modo poseer gustos sexuales acordes con el género femenino será un tabú prohibitivo dentro de la masculinidad. Un hombre no puede desear sexualmente a otro hombre y esto ejercerá una presión bajo el riesgo de expulsión de la categoría masculina. Así pues, el rechazo a la homosexualidad y la homofobia han sido y son prácticas que regularán dichas formas sexualidad no normativa, marcas utilizadas ancestralmente por el patriarcado para marcar el linde de lo aceptado y mantener el control de la sexualidad dentro de un estatus heterosexual normativo. Sin embargo, el discurso patriarcal siempre ha producido sujetos en oposición a su discurso. Estos sujetos detractores de la normatividad y naturalización han llegado a ser y son penalizados punitivamente por ello en otros tiempos y en otros contextos.

Actualmente, con la globalización, las formas están cambiando y muchas formas de concebir la sexualidad y el ser hombre han cuestionado la construcción hegemónica, produciendo varones que rechazan las formas patriarcales. Los detractores o disidentes de la marca y el discurso hegemónico masculino, todavía a día de hoy, son atacados con un discurso feminizador contra ellos. Amenazados de expulsión de su categoría reivindican otras formas de masculinidad y organización social. Sin embargo, el genérico de la población los estigmatizará como sujetos poseedores de características femeninas, situando a la oposición de la marca hegemónica en la caja no importante, dentro de la caja de la feminidad.

Dentro de este espacio discursivo de inclusión u expulsión se generan dos líneas de violencia simbólica. Una de forma más directa, la cual recibe el hombre cuartando su condición a través del rechazo y la amenaza de no cumplir con el estándar de masculinidad; y otra más indirecta que recaerá sobre la mujer. Sobre este discurso, el ataque de los hombres contra los hombres, se generará un segundo discurso encubierto, cargado de perversidad. Si lo masculino es lo importante y por eso el hombre debe pertenecer a ello, aquello no masculino - lo femenino - es lo no importante. De este modo, marcará el inicio de una construcción social de descredito, desigualdad, desprestigio, deshonor, descalificación e ignominia hacia la mujer cuasi imperceptible. Se puede pensar que son cosas de hombres pero se trata de un ataque indirecto que denigra su parte opuesta de la diferencia, posicionando a la masculinidad sobre algo superior y estático que agrieta el camino hacia la igualdad.

El ataque de los hombres contra los hombres para mantener el *status quo* de la masculinidad hegemónica implica uno de los grandes combates de las nuevas masculinidades. Hombres dispuestos a conciliar y compartir los espacios serán atacados como traidores y disidentes a la masculinidad al ceder frente a la otredad considerada como débil. Sin embargo, el discurso de legitimidad masculina queda difuso con el avance conseguido por los movimientos feministas y LAMBDA en el campo social y relacional.

Una nueva *performance* de la masculinidad está generando diásporas feministas. Nuevas formas de funcionar y relacionarse acompañan a la asimilación de una nueva imagen masculina que se está gestando en espacios de igualdad. La negociación familiar como fórmula aleja poco a poco los prejuicios de los roles y funciones *per se*. Sin embargo, la realidad es más lenta y difusa que las letras escritas. Como anotan las psicólogas Isabel Martínez y Amparo Bonilla “*A pesar de los profundos cambios llevados a cabo durante el siglo XX en la sociedad occidental, varones y mujeres siguen desempeñando diferentes tareas y ocupando distintas posiciones en la sociedad*” (2000, p. 235). Hay que ser conscientes que hablamos de una minoría masculina que reflexiona y empatiza con lo aprendido de la lucha feminista. Pero la realidad es otra, el *quórum* global de la población masculina no posee inquietudes de género, siguen asentados sobre una masculinidad cómplice mientras el discurso patriarcal va acogiendo pequeñas fórmulas como válvula de escape a la crispación social, readaptándose a la nueva situación. De esta forma una transformación parcial de la masculinidad se gesta sobre un escenario patriarcal que muta adaptándose a una nueva realidad. No obstante, ante este escenario cargado de pesimismo, nuevos hongos masculinos igualitarios van surgiendo de la nada generando esporas y buscando formas de transformar la realidad.

Bibliografía

- Badinter, Elisabeth (1993). XY *La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Beauvoir, Simone de (2005). *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.
- Bonino, Luis (2002). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers Feministes* (6), 7-36.
- Bourdieu, Pierre (1979). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Butler, Judith (2001). *El género en disputa : el feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- Connell, Rawling (2003). La organización social de la masculinidad. En C. Lomas, *¿Todos los hombres son iguales?: identidades masculinas y cambios sociales* (págs. 31-54). Barcelona: Paidós Ibérica.
- Foucault, Michael (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Kaufman, Michael (1989). *Hombres. Poder, placer y cambio*. Santo Domingo: Centro de Investigación Para la Acción Feminista (CIPAF).
- Kimmel, Michael (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés, & J. Olavarría, *Masculinidad/es. Poder y crisis* (págs. 49-62). Santiago de Chile: Isis Internacional.
- Marqués, Josep Vicent (1997). Varón y patriarcado. En T. Valdés, & J. Olavarría, *Masculinidad/es. Poder y crisis* (págs. 17-30). Santiago de Chile: Isis Internacional.
- Martínez, Isabel y Bonilla, Amparo (2000). *Sistema sexo/género, identidades y construcción de la subjetividad*. Valencia : Universitat de Valencia.
- Sanfélix, Joan (2011). Las nuevas masculinidades. Los hombres frente al cambio en las mujeres. *Prisma Social: revista de ciencias sociales* (7), 220-247.
- Valdés, Teresa, & Olavarría, José (1997). *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional.

Primera edición, marzo de 2015.

Primera edició, març de 2015.

EDITA

Col·lectiu Transformacció

© DE LA EDICIÓN / © DE L'EDICIÓ: Col·lectiu Transformacció



Todos los textos / *Tots els textos*

I Congreso de Investigaciones Feministas en Transformación. Valencia 24, 25 y 26 de marzo de 2014. Textos y reflexiones en(tre) campus y calles. by Col·lectiu Transformacció (Ed.) is licensed under a [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

DISEÑO DE CUBIERTA Y MAQUETACIÓN /

DISSENY DE COBERTA I MAQUETACIÓ

Christine G. Ferrer

ISBN

978-84-697-0952-8

transformacció

COL·LECTIU D'ESTUDIS DE GÈNERE